





# 27 maneras de enamorarse

Craig, Santiago

27 maneras de enamorarse / Santiago Craig. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2018.

128 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-4198-12-9

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

CDD A863

---

© Santiago Craig, 2018

© Factotum Ediciones, 2018

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

Primera edición, 2018.

Coordinación editorial: Caterina Gostisa

Foto de tapa: Flavia Da Rin

Retrato del autor: Julián Shebar

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Armado de interior: Hugo Perez

Corrección: Bettina Villar

ISBN 978-987-4198-12-9

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

27 maneras  
de enamorarse  
Santiago Craig





## Trueques

Compre una bolita de vidrio de esas que adentro tienen un arcoíris enroscado. Todavía las venden y son baratas. Se consiguen en bazares, en algunas librerías, en negocios de porquerías chinas. Para comprar una, probablemente tenga que comprar varias. Se venden en bolsitas de red y es agradable sostener la bolsa en la palma de la mano y sacudirla apenas para que las pelotitas se froten y pueda escucharse el tintineo. Un sonido que viajó inalterable desde la infancia de nuestros abuelos hasta ahora. Juegue un rato, pero no se entretenga. Separe una de las bolitas (una cualquiera, no elija, el tiempo que se usa así, con tanta desidia, no vuelve) y consiga un chico de entre seis y siete años. Un chico con el que se pueda hablar y razonar, pero que todavía crea en casi todo lo que se le dice. Alguien fácil de engañar o de convencer. A ese chico, que podrá llamarse Bautista o Salvador o cualquier otra cosa, dígame que su bolita no es una bolita cualquiera. Cuando él le pregunte por qué, podrá decirle que la bolita es un planeta enano y que adentro viven millones de seres diminutos o que la bolita es el talismán que guardan los elegidos de una casta de guerreros; un objeto que pasa

de generación en generación sin que nadie sepa muy bien cuáles son sus secretos y sus poderes.

También podrá agacharse y hacer girar la pelota en el piso, mostrarse animado y divertido, encantado de hacer lo que hace, de tener lo que tiene, y el chico, sea Bautista él, sea Salvador, sea cualquier otra cosa, no podrá, a esa edad, ser más fuerte que la curiosidad, así que lo tendrá listo para el siguiente paso. Captado el interés de la criatura, deberá obtener a cambio de la bolita alguno de sus dientes. De leche, sin violencia, de los que están a esa altura flojos o ya sueltos. Los incisivos centrales casi con certeza, a los que usted, no habituado a nombrar los dientes, llama coloquialmente paletas. Con uno alcanza, dos es un abuso innecesario. Frente a la posibilidad de protestas o dudas a causa de la tradición de esconderlos bajo la almohada para que les deje dinero un ratón, póngase serio (tienen seis, tienen siete, no son bebés) y encárguese de hacerle saber una de esas primeras verdades que duelen, dele un primer empujoncito hacia la madurez abismal. No hay ratón, ni hadas ni duendes: los del dinero bajo la almohada son sus padres.

Con el diente limpio y de ser posible envuelto en un pañuelo, en una bolsa, aunque más no sea, en una servilleta, diríjase al barrio de Agronomía. Si no es de ahí, no pregunte, lleve un mapa. La gente del barrio tampoco sabe cómo llegar de un lugar a otro. Encuentre la calle Nueva York y camine. En un momento, generalmente por la tarde, se va a encontrar a una pandilla de gatos que sigue a una mujer flaca y sin abrigo. Una mujer aseada, peinada con esmero y con la piel lechosa y colorada en los hombros, los tobillos, las muñecas. No deje que esa mujer lo entretenga, es fácil distraerse con la escena, más que nada si sabe, como sabrá después de la coma, que usted está ahí para encontrar a una bruja. No es esa, téngalo en cuenta; es en realidad un señor anodino,



con camisa celeste, algunas veces, otras bordó y siempre pantalones de trabajo. Los que usaban los gauchos cuando ahí había una estepa, los que usan ahora los porteros. Ese hombre es la bruja. Con saber eso le alcanza. A él tiene que darle el diente. Háblele de frente, sin rodeos. Dígale: “Tengo un diente, quiero un ratón”.

Después, deje que lo lleve hasta esa casa de paredes ásperas pintadas con cal, que abra la puerta y separe las tiras de plástico con adornos geométricos que sirven de cortina; atraviése el aire turbio de la sala, no mire a los chicos y las mujeres en los sillones, no acaricie a los perros, no salude ni pregunte qué es eso que están viendo en la tele. En ese cuarto azul con techo de chapa, con olor a aserrín meado, mantenga la compostura. A pesar de las máscaras siniestras, de los eventuales charquitos de sangre seca en el suelo, de las armas blancas desplegadas encima de la mesa. Cuando vea el corral, las jaulitas oxidadas, no se demore en la elección, apunte al más morado de todos y señálelo. No lo toque. Muerden. La bruja se lo entregará en una jaulita individual en la que apenas entra. La dieta roja se basa en remolachas, ciruelas, cerezas, si es temporada, aclarará la bruja. Gracias, le dirá usted, de todos modos, no va a tenerlo por muchos días.

Una vez fuera, exhale. Corrobore lo que le pareció: no es un ratón lo que ahora tiene, es un cobayo. Morado en la piel, en el hocico, en los ojos. Un tubérculo que palpita, roe y se sacude. No se preocupe por el diente. La bruja lo usa para engañar. No hay hechizos, maldiciones, consecuencias. Su magia no funciona.

Al cobayo lo va a llevar al sur. Trenque Lauquen. Una estancia que conoce todo el mundo. Se llama “La Casinada” y es de un extranjero. Escocés dicen algunos, otros, australiano. Nadie sabe con certeza. Porque no importa. Usted le va a dar a ese tipo el cobayo. Si lo invita, se va a tomar con él

un aperitivo. Mirando una llanura que no termina nunca, el extranjero le va a decir que aunque usted y el resto de sus compatriotas no lo saben, son un pueblo iluminado por la suerte. Al cobayo lo va a largar en un piletón con cocodrilos y va a bajar una palanca para poner a andar un cronómetro analógico. Cada cocodrilo tendrá un color pintado en el lomo y habrá apuestas picantes. Pero de esto, usted, nada. Hágase el tonto cuando le habla de colecciones y taxidermia. Créale. Diga todo que sí. Acompañe al tipo hasta las caballerizas, cabalgue, reciba sin preguntar la caja de madera sellada. Aguante el peso, serán unos diez kilos concentrados, pero contundentes. No flaquee, no pida ayuda. En cuanto pueda, llegue a la tranquera, después al camino, a la terminal y al micro. Váyase.

Lo que sigue es fácil. Entre las virutas blandas descubra la piedra dentro de la caja. Opaca y fría. No es una joya, es fea. Por un momento piense que fue estafado. Pero rápidamente dese cuenta de que es un meteorito. Hay miles en el campo. Casi nadie sabe. A casi nadie le importa. Son eso. Piedras feas. Vienen del espacio. En el espacio también hay cosas que son feas e inútiles.

En la guardia del Hospital Posadas hay una mujer que asiste a las enfermeras. No es parte del personal efectivo, pero, durante medio día, las ayuda con sus tareas a cambio de medicamentos. Los necesita para ella, para su hermano, para sus hijos. Todos sufren una condición genética que los hace crecer a desgano y torcidos. Las pastillas los calcifican, les sacan el dolor, compensan la química, los mantienen vivos. La otra mitad del día, esta mujer trabaja en una casa inmensa, en el bajo de San Isidro. El pelo, lo notará, le huele un poco a jazmín, un poco a anestesia, por esta vida escindida en lugares tan opuestos. A ella díglele que tiene la piedra. Que necesita ver, sin intermediarios (salvo por ella,

claro) a la señora Julia. Lo va a llevar sin pedirle nada. La va a notar feliz, tal vez incluso, exultante, y es que si usted dice la verdad, su vida va a pasar de eso que es a otra cosa.

La señora Julia no será tan vieja como se imagina. Una mujer de unos cincuenta años, atlética y de mandíbula segura. La verá sentada en un sillón de mimbre y almohadones. Lo recibirá como reciben en las novelas negras las viudas ambiguas a los detectives. Con un tono sensual y a la vez irónico. Desconfiando de su pericia, pero siendo agradable, por si acaso. Le va a pedir el material y usted abrirá la caja. En la exaltación, en la sorpresa, en la alegría imposible de contener, la señora Julia va a dejar caer la manta que le cubría el regazo y usted va a notar que le falta una pierna. Lo va a abrazar y va a llamar a un hombre calvo vestido con ropa de entrecasa. Usted supondrá: el jardinero. Pero no. No es eso. Es un hombre que no corta, ni poda, ni cuida el jardín. Hace otras cosas. Una de ellas es preguntarle si prefiere el auto o el efectivo. Usted dirá que el auto. Se despedirá de todos, firmará unos papeles y saldrá manejando un Dodge Charger 440 Magnum color negro. Aunque parece nuevo, el auto ya se usó. Uno de sus dueños más famosos, por un tiempo breve, aunque significativo fue el actor Steve McQueen. Será una hora tranquila cuando vuelva por la Panamericana, a contramano del tránsito. Podrá ver pasar el cielo del celeste al anaranjado y un poco al violeta. Piense por última vez en la casa grande de San Isidro, en el parque podado que no termina nunca, en las cosas que le pareció oír que cuchicheaba por teléfono la señora Julia. Algo sobre el calor, algo sobre tener el material para una prótesis. Sienta en el pie cómo se aceleraba hace cincuenta años, deje que el cuero del volante le roce las palmas de las manos. Escuche el ronroneo del motor, un sonido que viajó inalterado desde la época de sus abuelos.

Ya de noche, deambule un rato. Deje que lo vean. Acostúmbrase a esa fuerza anónima y descarada de los ojos que lo miran. Llame la atención. Y cuando llegue a esa esquina, estacione el auto sin considerar las normas. Baje y, apoyándose en la puerta, cruce los brazos sobre el pecho. Se va a acercarse una chica preciosa, inteligente, interesada, llamativa. Ella nunca le hubiera hablado. Jamás. Pero ahora sí. Cuando ella diga “hola”, usted responda “vamos”.